

1

Otro día herméticamente encerrado

Es posible que me recuerdes. Haz memoria: verano de 1990. Sé que hace mucho tiempo, pero todas las agencias de noticias se hicieron eco de la historia y aparecí en todos los periódicos del país. Incluso, si no lo leíste, seguramente escuchaste hablar de mí. En boca de alguno de tus vecinos, de alguien con quien trabajabas o, si eres más joven, de alguien del colegio. Me llamaban el «Chico Milagro». También recibí otros nombres, alias ideados por revisores de texto o locutores que trataban de destacar sobre los demás. En uno de los viejos recortes de prensa vi «Chico Prodigio». «El Bebé del Horror» fue otro de los apodosos que recibí, a pesar de que en aquel momento ya tenía ocho años. Pero fue Chico Milagro el que perduró.

Salí en las noticias solo dos o tres días, pero la mía era el tipo de historia que se te queda grabada incluso después de que los periodistas pasaran a otra cosa. Seguramente te sentiste mal por mí. ¿Cómo no ibas a hacerlo? Si en aquel entonces tenías niños pequeños, es probable que no volvieras a dormir bien en toda la semana.

Al final, lo único que pudiste hacer fue desear que me fuera bien. Deseaste que encontrara una nueva vida en algún otro sitio, porque era tan pequeño que pensaste que, de algún modo, esa juventud me protegería, y lo ocurrido, con el tiempo, no sería tan horrible. Deseaste que fuera capaz de superarlo, quizá incluso de dejarlo todo atrás. Los niños son adaptables, flexibles y resistentes de un modo que los adultos nunca podrían ser. Toda esa mierda. Eso fue lo que deseaste, en cualquier caso, si alguna vez te detuviste un momento a pensar en mí, en la persona real, y no solo en el joven rostro de la noticia.

En aquella época la gente me enviaba tarjetas y cartas, algunas de ellas con dibujos hechos por niños deseándome lo mejor. Deseándome un futuro feliz. Algunas personas incluso intentaron visitarme en mi nuevo hogar. Por lo visto, habían ido a buscarme a Milford, Michigan, pensando que podían parar a cualquiera por la calle y preguntarle dónde podían encontrarme. ¿Por qué? Supongo que pensaban que, si había sobrevivido a aquel día de junio, debía tener algún tipo de poder especial. Ni siquiera puedo imaginarme qué poder podría ser, o qué pensaba esa gente que podría hacer por ellos.

¿Qué ha pasado en todos estos años desde entonces? Crecí. Llegué a creer en el amor a primera vista. Intenté hacer algunas cosas y descubrí que solo era bueno en las que eran totalmente inútiles o totalmente ilegales. Y eso explica en gran medida por qué llevo este elegante mono naranja ahora mismo, y por qué lo he llevado todos los días durante los últimos nueve años.

No creo que estar aquí esté haciéndome ningún bien. Ni a mí ni a ningún otro. Sin embargo, es irónico saber que lo peor que he hecho nunca, al menos sobre el papel, es de lo único de lo que no me arrepiento. En absoluto.

Mientras tanto, he pensado que, ya que estoy aquí... qué demonios, voy a echar la vista atrás. Lo escribiré todo. Voy a hacerlo porque, en realidad, es el único modo en el que puedo contar mi historia. No tengo otra opción porque, lo sepáis o no, a pesar de todas las cosas que he hecho durante los últimos años, hay algo en concreto que no he hecho. No he dicho una sola palabra.

Eso tiene su propia historia, por supuesto, la razón por la que he guardado silencio durante todos estos años. Aquel día la encerré aquí, en mi interior, y no quería dejarla escapar, así que no podía hablar. No podía pronunciar palabra.

Por escrito, sin embargo... Podría ser como si nos sentáramos juntos para charlar tranquilamente en un bar de alguna parte, solos tú y yo. Sí, me gusta la idea. Tú y yo sentados en un bar, hablando. O mejor dicho, yo hablando y tú escuchando. Eso sí que sería un cambio. Quiero decir, en este caso tú estarías escuchando de verdad. Porque me he dado cuenta de que la mayoría de la gente no sabe escuchar. Créeme. La mayor parte del tiempo están esperando a que la otra persona se calle para poder comenzar a

hablar ellos de nuevo. Pero tú... Joder, tú eres tan bueno escuchando como yo. Te quedarás ahí sentado, pendiente de cada palabra que diga. Cuando llegue a las partes malas, te quedarás ahí conmigo y me dejarás que lo saque todo. No me juzgarás desde un principio. No estoy diciendo que vayas a perdonármelo todo. Ni siquiera yo me lo perdono todo. Pero al menos estarás dispuesto a escucharme, y al final intentarás comprenderme. Eso es todo lo que puedo pedir, ¿verdad?

El problema es, ¿por dónde empiezo? Si voy directamente a la tragedia, parecerá que en realidad estoy intentando excusar todo lo que hice. Si primero te cuento la parte dura, pensarás que soy una especie de delincuente nato y no me darás siquiera la oportunidad de contarte lo que pasó.

Así que daré una especie de rodeo, si no te importa. Te contaré cómo se fueron al garete los primeros trabajos de verdad en los que estuve involucrado. Te contaré cómo fue crecer siendo el Chico Milagro. Cómo encajó todo aquel verano. Cómo conocí a Amelia. Cómo descubrí mi imperdonable talento. Cómo llegué a tomar el camino equivocado. Después es posible que sopeses todas las circunstancias y que decidas que no tuve otra opción. Quizá pienses que tú habrías hecho exactamente lo mismo.

Lo único que no puedo hacer es comenzar por aquel día de junio de 1990. No puedo volver hasta allí aún. A pesar de lo mucho que ha intentado convencerme otra gente, y, créeme, han sido un montón, y lo han intentado con todas sus malditas fuerzas, no puedo empezar por ahí porque ya siento suficiente claustrofobia estando aquí dentro. Algunos días lo único que puedo hacer es seguir respirando. Pero quizá uno de estos días, mientras escribo, llegaré a ello y pensaré: Vale, hoy es el día. Hoy puedes enfrentarte a eso. No tienes que hacer un calentamiento previo. Solo tienes que volver a ese día y dejarte llevar. Tienes ocho años. Escuchas el ruido tras la puerta y...

Maldita sea, esto es incluso más duro de lo que había pensado.

He tenido que tomarme un pequeño descanso. Me he levantado y he paseado un poco, aunque eso aquí no es decir demasiado. Dejé la celda y atravesé la zona común, usé el aseo principal y me



cepillé los dientes. Había un tipo nuevo allí, alguien que aún no sabía nada sobre mí. Cuando me saludó, supe que debía tener cuidado. En el exterior, si no respondes a alguien pueden considerarte un maleducado. Aquí se toma como una falta de respeto. Si estuviera en un sitio realmente chungo, seguramente ya estaría muerto. Incluso aquí, en este lugar, es un desafío constante para mí.

Hice lo que hacía generalmente. Dos dedos de mi mano derecha señalando mi garganta, después un movimiento de cuchillo. De aquí no sale ninguna palabra, colega. No pretendo faltarte al respeto. Obviamente, volví vivo, porque estoy escribiendo.

Así que pon atención: si estás preparado para leerla, esta es mi historia. Hace mucho tiempo yo fui el Chico Milagro. Más tarde, el Mudo de Milford. El Chico de Oro. El Joven Fantasma. El Chico. El Hombre de las Cajas. El Artista de las Cajas. Todo eso y más.

Pero tú puedes llamarme Mike.



2

A las afueras de Filadelfia Septiembre de 1999

Así que allí estaba yo, de camino a mi primer trabajo de verdad. Había pasado dos días en la carretera desde que me marché de casa. Mi vieja moto se había roto justo después de cruzar la frontera de Pensilvania. No me gustó dejarla allí, en la cuneta, después de todo lo que me había dado. La libertad. La sensación de que podía subirme a ella y dejar atrás cualquier cosa en un instante. Pero, ¿qué otra opción tenía?

Cogí los petates de la parte de atrás y saqué el pulgar. Intenta hacer dedo sin poder hablar. Venga, inténtalo en algún momento. Las primeras tres personas que se detuvieron no pudieron con ello. No importó lo agradable que fuera mi rostro o lo agotado que pareciera después de todos aquellos solitarios kilómetros. Aun me sorprende cómo se asusta la gente cuando conoce a un hombre que siempre está callado.

Así que tardé bastante en llegar allí. Dos días y un montón de problemas y penalidades después de la llamada. Entonces aparecí por fin, cansado, hambriento y mugriento. Para que luego hablen sobre la importancia de causar una buena primera impresión.

Se trataba del Equipo Azul. Eran los tipos que el Fantasma me había dicho que eran serios y de fiar. No de la élite, pero profesionales, a pesar de que a veces eran un poco brutos, como la mayoría de los tipos de Nueva York. Eso era lo único que me había contado sobre ellos. Estaba a punto de descubrir el resto por mí mismo.

Se refugiaban en un pequeño motel de una sola planta justo a las afueras de Malvern, Pensilvania. No era el peor lugar que hubiera visto nunca, pero supongo que, si te quedabas allí un par de días, comenzaba a afectarte. Sobre todo si estabas intentando pasar des-

apercibido y pedías pizzas o compartías una botella en la habitación en lugar de salir a los bares locales. Cualquiera que fuera la razón, no se alegraron demasiado cuando finalmente aparecí.

Eran solo dos. No esperaba encontrar un grupo tan pequeño, pero allí estaban, ambos en la misma habitación. Estoy seguro de que eso no contribuía a mejorar su estado de ánimo. El hombre que me abrió la puerta parecía ser el jefe. Era calvo y tenía un sobrepeso de unos diez kilos, pero parecía lo suficientemente fuerte para sacarme directamente por la ventana. Me habló con un pronunciado acento neoyorquino.

—¿Quién eres tú? —Me sostuvo la mirada durante cinco segundos y después cayó en la cuenta—. Espera un momento, ¿tú eres el tipo que estamos esperando? ¡Entra!

Tiró de mí hacia el interior y cerró la puerta.

—Estás de coña, ¿verdad? ¿Es una broma?

El otro hombre estaba sentado en la mesa, en mitad de una partida de Gin Rummy.

—¿Qué pasa con el chico?

—Este es el hombre de las cajas al que hemos estado esperando. ¿Te lo puedes creer?

—¿Qué tiene, doce años?

—¿Qué edad tienes, chico?

Levanté diez dedos, y después ocho más. No cumpliría los dieciocho hasta pasados cuatro meses, pero pensé, *qué demonios*. Casi era verdad.

—Nos han dicho que no hablas demasiado. Supongo que es cierto.

—Joder, has tardado un montón en llegar —dijo el hombre de la mesa. Su acento era mucho más denso que el del primer tipo. Tan espeso que sonaba como si estuviera en una esquina de Brooklyn. En mi mente, lo apodé Brooklyn. Ya sabía que no me darían sus nombres de verdad.

Levanté el pulgar y lo moví lentamente de lado a lado.

—¿Has tenido que hacer autostop? ¿Estás quedándote conmigo?

Levanté las manos. No tuve elección, tíos.

—Tienes un aspecto asqueroso —dijo el primer hombre—. ¿Quieres darte una ducha o algo?

Me pareció una idea fantástica. Así que me di una ducha y busqué algo de ropa limpia en mi mochila. Cuando terminé, me sentía casi humano de nuevo. Cuando volví a entrar en la habitación, supe que habían estado hablando sobre mí.

—Esta noche es nuestra última oportunidad —me dijo Manhattan. Aquel era el apodo que ya había decidido darle al jefe. Si hubieran traído a tres tipos más con ellos, podríamos haber cubierto los cinco distritos municipales—. ¿Estás seguro de que quieres participar en esto?

—Nuestro hombre vuelve a casa mañana por la mañana —continuó Brooklyn—. Si no le damos el palo ahora, este viaje habrá sido una puta pérdida de tiempo.

Asentí. Lo comprendo, tíos. ¿Qué más queréis de mí?

—Es verdad que no hablas —dijo Manhattan—. Quiero decir, que no estaban tomándome el pelo. Realmente no dices una sola palabra.

Negué con la cabeza.

—¿Podrás abrir la caja fuerte de ese tipo?

Asentí.

—Eso es todo lo que necesitamos saber.

Brooklyn no parecía totalmente convencido, pero por el momento no tenía otra opción. Habían estado esperando al especialista. Y su especialista era yo.

El sol se puso unas tres horas después, mientras estaba sentado en la parte de atrás de una furgoneta de «Reformas Élite». Manhattan conducía. Brooklyn iba en el asiento del copiloto y se giraba cada pocos minutos para mirarme. Era algo a lo que sabía que tendría que acostumbrarme. Era justo lo que me había dicho el Fantasma: aquellos tipos ya habían hecho todos los preparativos, reconocido el terreno de su objetivo, vigilado todos los movimientos de su hombre, planeado toda la operación desde el principio al final. Yo solo era el especialista, involucrado en el último minuto para hacer mi parte. No ayudaba que fuera un jovencuelo imberbe, y que además fuera una especie de monstruo mutante que ni siquiera podía pronunciar una palabra.

Así que no. No los culpé por mostrarse un poco escépticos conmigo.

Por lo que podía ver, parecía que nos dirigíamos a alguna elegante propiedad. Aquello debía ser el *Main Line* del que había oído hablar, el barrio periférico de familias ricas al oeste de Filadelfia. Pasamos junto a colegios privados con enormes arcos de piedra protegiendo la entrada y junto a la Universidad de Villanova, ubicada sobre una colina. Me pregunté si tendrían una buena universidad de Bellas Artes. Pasamos junto a una zona verde preparada para algún tipo de fiesta, con guirnaldas luminosas y mobiliario blanco. Todo aquello pertenecía a un mundo en el que yo nunca habría conseguido entrar de un modo legal o legítimo.

Continuamos hasta que llegamos a Bryn Mawr, junto a otra universidad de la que no pillé el nombre, y finalmente tomamos un desvío a la derecha de la carretera principal. Las casas comenzaron a ser cada vez más grandes, pero aun así nadie nos detuvo. No apareció ningún hombre uniformado con una placa de hojalata y un portapapeles que quisiera comprobar nuestras credenciales. Eso era lo que pasaba con aquellas mansiones de viejos ricos. Habían sido construidas años antes de que alguien soñara siquiera con el concepto de «urbanizaciones cerradas».

Manhattan metió la furgoneta marcha atrás en el largo camino de entrada y pasó de largo la curva que nos habría llevado a la puerta delantera para rodear la casa hasta la parte trasera, donde había una amplia zona pavimentada que parecía ser un aparcamiento para cinco coches. Los dos hombres se pusieron sus guantes quirúrgicos. Yo cogí el par que me habían dado y me lo metí en el bolsillo. Nunca había intentado hacer mi trabajo con los guantes puestos, y no estaba dispuesto a hacer experimentos en aquel momento. Manhattan pareció tomar nota mental de mis manos desnudas, pero no dijo nada al respecto.

Salimos de la furgoneta y atravesamos una larga galería hasta la puerta trasera. Había una gruesa hilera de pinos rodeando el jardín. La luz de un sensor de movimiento se encendió de repente tan pronto como nos acercamos a la casa, pero nadie se acobardó. De todos modos, la luz no hizo más que darnos la bienvenida: Pasen por aquí, señores. Permitid que os indique, elegantes caballeros, el lugar exacto al que os dirigís.

Los dos hombres se detuvieron ante la puerta, obviamente esperando a que llevara a cabo la primera de mis especialidades. Saqué el estuche de cuero de mi bolsillo trasero y me puse a trabajar. Elegí un tensor y lo deslicé en la parte inferior del ojo de la cerradura. Después saqué una delgada ganzúa de rombo y comencé a rastrillar los pernos, de atrás hacia delante, empujando cada uno de ellos solo lo suficiente para que encajara en la línea de corte. Yo sabía que, en una casa como aquella, la cerradura tendría que tener pernos de seta como mínimo. Quizá incluso pernos serrados. Cuando terminé con los sets falsos, me abrí camino a través de ellos de nuevo, empujando cada perno otra diminuta fracción y manteniendo justo la tensión precisa. Bloqueé cualquier otra cosa en mi mente: Los hombres que estaban a mi alrededor. Lo que yo mismo estaba haciendo allí. La noche. En aquel momento solo estábamos aquellos cinco pequeños trocitos de metal y yo.

Un perno trabado. Dos pernos trabados. Tres. Cuatro. Cinco.

Sentí que todo el cilindro cedía entonces. Apliqué más fuerza al tensor y giró. A pesar de las dudas que aquellos hombres pudieran haber tenido sobre mí, acababa de pasar con éxito el primer examen.

Manhattan pasó frente a mí, directo hacia la alarma. Aquella era la parte que ya tenían que haber calculado con anterioridad. En un sistema de alarma electrónico había muchos elementos que podían falsearse. Podían derivar los sensores magnéticos de una puerta o ventana en concreto. Desactivar todo el sistema, o desconectarlo de la línea telefónica. Joder, incluso podían llegar hasta la persona que estaba sentada en la sala de control de la empresa de seguridad. Cuando tienes a un humano de verdad en el circuito las cosas resultan más fáciles, sobre todo si ese humano está cobrando seis dólares y medio a la hora.

De algún modo esos tipos ya conocían la contraseña, que era el modo más sencillo de todos. Podrían haber tenido un contacto en el interior de la casa: el ama de llaves, o alguien del servicio. O quizá habían vigilado al propietario de cerca, con el suficiente aumento para ver qué botones presionaba. Fuera lo que fuera, tenían el número, y Manhattan tardó cinco segundos en desactivar todo el sistema.

Nos dio el visto bueno, y Brooklyn se separó de nosotros para montar guardia, o lo que fuera que se supusiera que tenía que hacer. Era evidente que aquello era rutinario para ellos. Algo con lo que se sentían totalmente cómodos. ¿Yo? Yo ya estaba en mi pequeña zona privada. Noté un leve y cálido zumbido y mis pulsaciones se aceleraron hasta que se sincronizaron por fin con el constante redoble en el interior de mi cabeza. El miedo con el que vivía cada segundo de cada día se alejó finalmente de mí. Todo era normal y estaba tranquilo, en perfecta sintonía, solo durante esos pocos y preciados minutos.

Manhattan me hizo un ligero ademán para que lo siguiera. Caminamos a través de la casa, tan perfecta como nunca antes había visto otra. Estaba decorada más para la comodidad que para la ostentación. Una enorme televisión, enormes butacas en las que podías hundirte. Un minibar totalmente provisionado con copas colgando de un estante, un espejo, taburetes y toda la historia. Subimos las escaleras, atravesamos el vestíbulo y entramos en el dormitorio principal. Manhattan parecía saber exactamente a dónde ir. Terminamos dentro de uno de los dos enormes vestidores, con una hilera de trajes oscuros y caros en un lado, y ropa informal y cara en el otro. Los zapatos estaban pulcramente ordenados en su plataforma inclinada. Los cinturones y las corbatas colgaban de una especie de artefacto eléctrico: presiona el botón y comenzarán a rotar ante tu vista.

Por supuesto, no estábamos allí por los cinturones y las corbatas. Manhattan separó cuidadosamente algunos de los trajes. Pude ver el tenue contorno rectangular en la pared trasera. Manhattan la empujó y se abrió. En el interior de aquella puerta estaba la caja fuerte.

Se apartó para dejarme paso. Una vez más, era mi turno.

Allí era donde me necesitaban realmente. Si hubieran querido hacerlo, podrían haber atravesado la puerta trasera sin mi ayuda. Es posible que hubieran tardado un poco más, pero aquellos tipos eran listos e ingeniosos y hubieran encontrado un modo de hacerlo. ¿La caja fuerte? Aquel era un asunto diferente. Una cosa era descubrir el código de seguridad de una casa y otra muy distinta hacerse con la combinación de una caja fuerte oculta en el armario del dormitorio principal. No, eso viviría solo en el interior

de la cabeza del propietario. Quizá también en la cabeza de su esposa. Quizá en la cabeza de alguna otra persona más, de un confidente leal o del abogado de la familia, por si se daba una emergencia. Más allá... Bueno, podías ir a buscar al propietario, sujetarlo a una silla con cinta adhesiva y meterle una pistola en la boca, pero entonces sería una operación totalmente distinta. Si querías hacerlo limpiamente, entonces necesitabas alguien que abriera la caja. Un mal profesional seguramente terminaría abriéndose paso a través del muro para sacar la caja fuerte. Uno mejor, la dejaría en la pared y usaría un taladro. Uno excepcional... Bueno, eso era exactamente lo que yo esperaba demostrar.

El problema era, y me alegraba de que Manhattan no lo supiera, que hasta aquel momento de mi joven vida nunca había abierto una caja fuerte de pared. Quiero decir, sabía que era el mismo concepto. Solo una caja normal empotrada en un muro, ¿verdad? Pero había aprendido a hacerlo con cajas independientes, a las que podía acercarme todo lo que quisiera para sentir lo que estaba haciendo. Como el Fantasma me había dicho tantas veces cuando estaba enseñándome, abrir una caja es como seducir a una mujer. Hay que tocarla justo del modo adecuado. Hay que saber lo que está ocurriendo en su interior. Pero, ¿qué haces si todas las partes de la mujer, excepto su rostro, están escondidas detrás de una pared?

Me sacudí las manos y me acerqué al disco. Primero probé el tirador para asegurarme de que aquella maldita cosa estaba realmente cerrada. Lo estaba.

Podía ver la placa de la marca, Chicago, así que marqué las dos combinaciones preestablecidas con las que se envían las cajas fuertes. Te sorprendería saber cuánta gente no llega a cambiarlas.

No hubo suerte con ninguna de ellas. Aquel era un propietario concienzudo que había establecido su propia combinación. Así que había llegado el momento de trabajar.

Me presioné contra la pared y puse la mejilla contra la puerta de la caja fuerte. Ya había asumido que tenía tres ruedas pero, después de todo, aquella era mi primera vez y quería asegurarme. Encontré la zona de contacto, esa zona del disco donde el «morro» de la palanca entraba en contacto con la muesca del resorte de levas. Cuando lo hice, coloqué todas las ruedas en el lado

opuesto del disco y después las gire de nuevo en el sentido contrario, contando todas las veces en las que hacía contacto.

Uno. Dos. Tres. Entonces lo tuve claro. Tres ruedas.

Volví a girarlas para ponerlo a cero. Entonces volví a la zona de contacto.

Aquella era la parte difícil. La parte casi imposible, la que debería ser imposible. Debido al hecho de que ninguna rueda podía ser totalmente redonda, y de que dos ruedas no podían ser exactamente del mismo tamaño, al pasar sobre las muescas abiertas de cada rueda encontraríamos un contacto imperfecto. Esto es sencillamente inevitable, sin importar lo bien construida que esté la caja fuerte. Así que, cuando pasas sobre una muesca y vuelves a la zona de contacto, notas una leve diferencia. Cuando dicho «morro» se hunde un poco más de lo normal en el resorte de levas, el contacto es algo más breve.

¿En una caja fuerte barata? Lo notas como un bache en una carretera lisa. Pero, ¿en una buena caja? ¿En una caja buena y cara como la que el hombre que poseía aquella casa habría hecho empotrar en su armario?

La diferencia sería muy pequeña. Casi inapreciable.

Lo coloqué en el 3. Después en el 6. En el 9. De tres en tres para empezar, probando cada vez. Esperando a que llegara a mí esa sensación distinta. Ese ligero acortamiento en la zona de contacto. Una diferencia tan sutil que un ser humano normal jamás podría percibirla. Absolutamente nunca, ni en un millar de años.

12. Sí. Estaba cerca.

Vale, continúa. 15, 18, 21.

Me abrí camino a través del disco, girando rápidamente cuando podía, y más lento cuando necesitaba sentir cada millonésima parte de un centímetro. Escuché que Manhattan se movía nervioso a mi lado. Levanté una mano, y se quedó inmóvil de nuevo.

24. 27. Sí. Ahí.

¿Cómo lo sé?

Solo lo sé. Cuando es más corto, es más corto. Lo siento.

En realidad es algo que va más allá de una sensación. Esa pequeña pieza de duro metal roza la muesca un milímetro antes que la vez anterior y puedo sentirlo, oírlo y verlo en mi mente.

Cuando terminé con el disco ya tenía tres números bosqueja-

dos en mi cabeza. Volví atrás y los restringí hasta que fueron exactos, moviéndome de uno en uno esa vez en lugar de de tres en tres. Cuando hube terminado, tenía los tres números de la combinación: 13, 26, 72.

En el último paso hay que aplicar un poco de fuerza bruta. El único modo de hacerlo es probar todas las combinaciones. Así que empiezas con 13-26-72, después cambias los dos primeros, después el segundo y el último, y así sucesivamente, hasta que has introducido las seis posibilidades. Seis es mucho mejor que un millón, que es el número de combinaciones que tendrías que probar si no hubieras podido descubrir esos números.

La combinación de aquel día resultó ser 26-72-13. ¿Tiempo total en abrir la caja? Unos veinticinco minutos.

Giré el tirador y abrí la puerta. Me aseguré de mirar el rostro de Manhattan mientras lo hacía.

—Joder —me dijo—. Ahora mismo podrías follarme con un palo.

Me aparté y dejé que hiciera lo que tenía que hacer. No tenía ni idea de qué esperaba encontrar allí. ¿Joyas? ¿Dinero en metálico? Vi que sacaba una docena de sobres, de esos sobres de papel marrón que son apenas un poco más grandes que un sobre comercial normal.

—Los tenemos. Ya podemos pirarnos.

Cerré la caja y giré el dial. Manhattan estaba justo a mi espalda limpiándolo todo con un trapo blanco. Después cerró el falso fondo y colocó los trajes de nuevo en su lugar.

Apagó la luz. Volvimos sobre nuestros pasos por las escaleras. Brooklyn estaba en la sala de estar, mirando por la ventana delantera.

—No me lo digas —dijo a su compañero.

—Justo aquí —le contestó Manhattan, levantando los sobres.

—No me jodas. —Me miró con una extraña sonrisita—. ¿Es que nuestro chico es un genio, o algo así?

—Algo así. Vámonos.

Manhattan introdujo el código de seguridad para conectar de nuevo el sistema de alarma. Después cerró la puerta trasera y limpió el pomo.

Era por eso por lo que me habían llamado. Era por eso por lo

que habían estado esperando a un chico que no conocían antes de atravesar medio país. Porque, conmigo en el equipo, se marcharían sin dejar absolutamente ningún rastro. El propietario de aquella casa volvería al día siguiente, abriría la puerta y lo encontraría todo exactamente como lo había dejado. Subiría las escaleras, sacaría algo de ropa de su armario y volvería a apagar la luz. Solo cuando llegara el momento preciso marcaría su combinación y abriría la puerta de la caja para ver...

Nada.

Ni siquiera entonces comprendería lo que había pasado. No inmediatamente. Buscaría durante unos minutos, tanteando torpemente, pensando que debía haberse equivocado. Que debía estar perdiendo la cabeza. A continuación acusaría a su esposa. ¡Eres la única persona del mundo que conoce la combinación! O llamaría al abogado de la familia y lo pondría en un aprieto. Hemos estado fuera una semana, ¿eh? ¿Decidiste hacer una pequeña visita a nuestra casa?

Finalmente, caería en la cuenta. Allí había estado alguien más. Para entonces, Manhattan y Brooklyn habrían regresado a salvo a casa, y yo estaría...

Estaría donde sea que fuera a ir a continuación.

Nunca descubrí qué había en aquellos sobres. No me importaba lo más mínimo. Sabía, cuando lo acepté, que era un trabajo con precio fijo. Cuando volvimos al motel, Manhattan me entregó el dinero y me dijo que había sido un verdadero placer verme trabajar.

Al menos entonces tenía algo de dinero. Lo suficiente para comer durante un tiempo, para pensar en encontrar un lugar donde quedarme. Pero, ¿cuánto me duraría aquel dinero?

Manhattan despegó el letrero magnético de «Reformas Elite» de cada lado de la furgoneta y los guardó en la parte de atrás. Cogió un destornillador y quitó las matriculas de Pensilvania y las reemplazó por unas de Nueva York. Estaba a punto de colocarse tras el volante cuando lo detuve.

—¿Qué pasa, chico?

Saqué una cartera imaginaria de mi bolsillo trasero e hice como que la abría.

—¿Qué? ¿Has perdido la cartera? Ve a comprarte una nueva. Ahora tienes dinero.

Negué con la cabeza y simulé sacar una tarjeta de esa misma cartera imaginaria.

—¿Has perdido el carnet? Vuelve al lugar de donde vienes. Te darán uno nuevo.

Negué con la cabeza de nuevo. Señalé la tarjeta invisible que tenía en la mano.

—Necesitas...

Finalmente, se le encendió la bombilla.

—Necesitas un carnet nuevo. Vaya, una nueva identidad.

Asentí.

—Oh, mierda. Ése es un asunto totalmente diferente.

Me acerqué a él y le puse una mano sobre el hombro. Vamos, colega. Tienes que ayudarme con esto.

—Mira —me dijo—. Sabemos para quién trabajas. Quiero decir, vamos a mandarle su parte, ¿vale? Así es como funciona este trabajo. No vamos a engañarle, créeme. Así que, si tienes ese problema, ¿por qué no vuelves a casa y lo arreglas allí?

¿Cómo podía habérselo explicado, incluso aunque hubiera podido hablar? ¿Cómo hablarle de aquella especie de limbo extraño en la que me encontraba? Era un perro que no podía volver a casa, que no tenía un lugar en el suelo junto a su amo, y ni siquiera en su jardín trasero. Tenía que seguir huyendo, viviendo de las sobras de los cubos de basura.

Hasta que, al final, él me llamara. Cuando el amo sacara la cabeza por la puerta y gritara mi nombre, no tendría más remedio que correr hacia él.

—Mira, conozco a un tipo —me dijo Manhattan—. Quiero decir, si realmente estás metido en un lío.

Sacó su propia cartera y extrajo una tarjeta de visita y después un boli. Le dio la vuelta a la tarjeta y comenzó a escribir sobre ella.

—Llama a este tío y...

Dejó de escribir y me miró.

—Claro. Eso sería difícil. Supongo que podrías ir a verlo en persona, ¿no?

Saqué el dinero que me acababa de dar y comencé a separar billetes.



—Espera, espera. Para.

Se dio la vuelta y miró a Brooklyn. Se encogieron de hombros un par de veces.

—Tengo que pedirte que me prometas que no se lo dirás a mi jefe —me dijo—. Pero, de algún modo, sé que eso no va a ser un problema.

Me metió en la parte de atrás de su furgoneta. Así fue como terminé en Nueva York.

